

# El Eco de Cartagena.

Año XXVII.

DIARIO DE LA NOCHE.

Núm. 7742.

## PRECIOS DE SUSCRICION.

CARTAGENA.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—PROVINCIAL, tres meses, 7-50 id.—EXTRANJERO, tres meses, 11-25 id.  
La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.  
Corresponsales en París para anuncios y reclamos, Mr. A. LORRETT, rue Caumartin, 61.—JOHN F. JOHNS 3, bis rue du Faubourg-Montmartre.—En Londres, 166 Fleet Street E. C.  
Números sueltos 15 céntimos.

## CONDICIONES.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro. La Redacción no responde de anuncios, remitidos y comunicados, conserva el derecho de no publicar lo que recibe, salvo el caso de obligación legal.—No se devuelven los originales.  
Administrador.—D. EMILIO GARRIDO LÓPEZ.  
REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4,  
Anuncios á precios convencionales.

MIERCOLES 7 DE SEPTIEMBRE DE 1887.

La REDACCION y ADMINISTRACION de este periódico, se ha trasladado á la calle de Medieras número 4.

La lotería de D. Luis Martinez, se ha trasladado á la calle Mayor, frente al Casino.

## LA MARINA EN SAN SEBASTIAN.

### VILLAAMIL.

Fernando Villaamil es en todas partes, y ahora principalmente en San Sebastián, uno de los marinos más ilustres y populares de España.

Los periodistas le obsequian con banquetes, los fotógrafos se disputan el privilegio de retratarle dentro de su barco; las aristocráticas damas de la colonia madrileña le colocan entre las curiosidades dignas de admiración al nivel de Lagartijo, Sarasate y el Chiquito de Eibar; y no pone una vez el *Destructor* en movimiento, que no contemple este caza-torpederos con asombro y orgullo desde el muelle, desde lo alto de la Concha ó desde el camino de Zarauz inmenso gentío.

La historia de Villaamil en la Escuela Naval y en el ministerio de Marina, lo mismo cuando planeaba el *Destructor*, que ahora que le gobierna, ha sido la historia de todos los hombres de talento, de todos los grandes caracteres puestos enfrente de la ignorancia y de la rutina. Pero la lucha, lejos de debilitar sus energías, las ha aumentado. Para Villaamil las contrariedades no han sido más que una palmbra, ni la guerra sorda y terrible de la envidia otra cosa que un accidente sin gravedad alguna. Había nacido para combatir y ha combatido como bueno: Debía vencer y vence.

Cuando la vez primera que la Reina se embarcó en el *Destructor*, dijo á Villaamil:

—¿No me dices que es V. de ideas muy avanzadas?

Y que Villaamil contestó:

—Señora, soy en mi carrera revolucionario, porque quiero que la marina española corresponda á los sacrificios que hace el país.

Esta noble franqueza de Villaamil es, en concepto de sus enemigos, la que le da el prestigio. ¿Qué entienden ellos de estas cosas? Llamen perdido todo á que tal vez no llegue Villaamil á vi calmar las furiosas que no es haber ganado nada de dejar el *Destructor*.

Villaamil ha consagrado su juventud, su actividad, su talento y su entusiasmo

á lograr que los jefes y oficiales de la marina española aprovechen al mismo tiempo las enseñanzas que les dan otros países y los adelantos científicos modernos; á conseguir que el material de nuestra marina sea el que las necesidades de ésta exigen; á convencer á todo el mundo de que convendría fuese injusto seguir hablando como ahora se habla, con sobrada justicia, de las Necrópolis de nuestros arsenales.

¿Puede extrañar nadie, después de esto, que tenga adversarios?

Ni le inquietan ni los teme. Como todos los hombres convencidos, Villaamil habla con la inevitable elocuencia de la verdad y hace prosélitos. Los oficiales de su barco, marinos ilustradísimos y arrojados. Celis, Romero y Olmedo han dejado verdaderas canongías para desafiarse orgullosos á su lado todas las contrariedades y todos los peligros. Y como estos, tiene Villaamil en la marina española muchos oficiales verdaderamente distinguidos que tributan á su obra aplausos entusiastas y reconocen el desinterés y el patriotismo de sus nobles y legítimas aspiraciones.

Villaamil es de regular estatura, moreno, nervioso, simpático. Habla con facilidad y elocuencia. Su sonrisa bondadosa y su trato amable le conquistan desde luego el cariño de cuantos le conocen. El brillo de su mirada, que cuando discute ó cuando ordena una maniobra, ilumina su rostro atractivo é inteligente, convence pronto de que se trata de un hombre á quien hay que admirar.

Todos sus pensamientos, todos sus cariños, todas sus esperanzas las tiene puestas Villaamil en su barco. Habla de él como un padre de las glorias de su hijo. Le mira como miran las madres. Villaamil es el *Destructor* y el *Destructor* es Villaamil. No se explican mejor la obediencia del barco al hombre ni el cariño del hombre al barco.

Cuando el *Destructor* se pone en movimiento, dijérase que no es el vapor de sus calderas quien le mueve; sino el poderoso espíritu del simpático comandante que le rige. Entonces Villaamil se olvida de todo lo que le rodea. Sería capaz de prescindir de la tripulación y de navegar solo con el maquinista. ¿Qué con el maquinista? Y sin el maquinista también.

El mecanismo del *Destructor* recuerda, como decía Araus cuando visitaba el buque, el complicadísimo y minucioso de aquellos relojes antiguos que señalaban, al mismo tiempo que las horas, los días de la semana y los meses del año.

Mirándole en marcha, con su vertiginoso andar de veinticuatro millas por hora y su graciosa elegancia, más parece por la facilidad de sus movimientos un velocípedo, que un barco. Estando dentro de él y viendo que á cualquier velocidad se para Villaamil instantánea-

mente, hay quien sospecha que se trata de un verdadero milagro del sortilegio ó el conjuro.

Se cuenta como caso rarísimo que hasta ahora ningún general de marina se ha embarcado ni siquiera por curiosidad en el *Destructor*. El mi mo señor Rodríguez Arias no se atrevió á aconsejar á la reina que hiciese la excursión á Zarauz y Deva, hasta que los periodistas le pidieron permiso para hacerla á Bilbao ó Arcachón.

Son muchos—no marinos, por supuesto—los que dicen:

—El *Destructor* vuela el mejor día.

Villaamil, aún sin ignorar que todo cabe en lo posible, hasta que se desboque un caballo de la plaza de toros, se ríe benévola y por supuesto, de los que así hablan.

Los considera herederos directos de los que viendo por vez primera un tren, decían:

—A nosotros no nos engañan. Los caballos van dentro.

De todos modos, Villaamil ha triunfado, y por lo mismo bien puede decirse de su hermoso barco:

—El *Destructor* para los enemigos de la patria, el «glorificador» para Villaamil.

MIGUEL MOYA.

(Del Liberal.)

## Varietades.

### TOROS.

Cartagena se ha despoblado en 24 horas.

La mayor parte de sus habitantes se han trasladado á Murcia, y solo hemos quedado aquí los verdaderamente impedidos por falta de salud ó por falta de dinero.

Esta ciudad ayer tan animada, parece hoy una necrópolis. Casas cerradas. Calles desiertas, por donde apenas transita alguna que otra persona con paso apresurado y como avergonzada de sí misma. El muelle ahuyenta con su oscuridad é imponente silencio, á los pocos que, ávidos de respirar las frescas brisas del mar, se aventuran á dar un paseo por sus adoquinadas márgenes.

El Teatro-Circo (llamado no sabemos porqué de la *Riba*) tiene cerradas sus puertas, y por ende, ya no se ven aquellos corrillos de aficionados á la música gratis, que establecían sus tertulias junto á las tapias de aquel edificio é en la estensa línea de la Muralla de Mar.

Todo desierto. Todo callado.

¿Qué ocurre mis queridos lectores?

¿Ataca nuestros concubinos humanos desavoridos de alguna gran calamidad?

No por cierto: á ser así, siempre hace que la yerba creciera en nuestras calles, pues no faltan condados insoportables

calamidades de que debiéramos alejarnos si tan débiles somos para combatirlos.

El motivo es más galo y más... español.

En nuestra vecina, la hermosa Sultana del Segura, se inaugura una plaza de toros por cuadrillas de las primeras celebridades del arte y... ya lo comprendéis.

Dijo una vez el notabilísimo alienista Ezquerdo, que andan muchos locos sueltos entre los que pasan por cuerdos. Y tomando pie de esta afirmación, nuestro amigo R... (quien debe de ser uno de ellos porque tiene la monomanía de hablar montañés) nos decía esta mañana:

«Si Ezquerdo viniera á escojer sus enfermos de entre nosotros ¡qué merced habría de quedar la población de Cartagena!»

«No te parece que en ese vértigo que se apodera de tantas cabezas, al parecer bien organizadas, hay otra cosa que un entusiasmo pasajero?»

«No observas que todos los que se preocupan de los toros, están desde algunas horas antes de la corrida, inquietos, nerviosos y como agitados por impulso á veces superior á su voluntad?»

No de otro modo se explican ciertos actos reñidos abiertamente con la sanrazaón.

Dime si no, en qué consiste que gentes cuyos escasos haberes no bastan á cubrir las más apremiantes necesidades de la vida, se imponen en las casas de préstamos, y van gorrosos y alborozados á disipar en pocas horas el jornal de muchos meses. Qué delicadas señoras que se desmayarían seguramente de ver á su doncella picarse un dedo con la aguja, se precian impasibles como los caballos se precian las tripas, sin otra demostración de pena (y eso las mas nerviosas) que cubrirse la cara con el abanico. Qué padres celosísimos de que una palabra impura no profane los castos oídos de su querida hija, la lloran gustosos á esa plaza donde las mayores licencias son permitidas, y donde desde el hombre más grave y severo hasta el más tímido adolescente, hacen gala de fumar y chispearlo gracejo, manchando sus labios con los depuestos más groseros y los más obscenos apóstrofes. Y que por último, todos los concurrentes se crean con derecho á dirigir insultos á la Autoridad presidente, la cual ellos mismos respetan en cualquier otro sitio. Desengáñate, amigo mío, todo esto no es natural, porque una corrida de toros no es ni más ni menos que la lucha encarnizada en que el hombre, por medios hábiles, vence á la bestia. Y si bien el hombre, desgraciadamente, ha despachado unos cuantos caballos como, si dijéramos, para hacer boca.